OCTUBRE 2025

PCE
Partido Comunista Ecuatoriano

PODER POPULAR

El problema no es la Constitución, sino que los gobiernos no cumplen el mandato constitucional.

Editorial

"La democracia burguesa liberal que se asienta en la supuesta legitimidad de los votos, en la práctica, está construida sobre el miedo, la desconfianza, la ignorancia y las ilusiones."

El Gobierno de Daniel Noboa electo con el voto popular, pero en el marco de un fraude institucional que puso todos los recursos del Estado y se articuló con las mafias económicas, políticas y los medios de comunicación para instaurar una sensación de zozobra y consolidar sobre mentiras la falsa disyuntiva entre correísmo y anticorreismo, hoy pretende, con el mismo instrumento y libreto arrebatarle al pueblo todos sus derechos y conquistas para lo cual ha convocado a una consulta popular que lo que busca es romper con la institucionalidad democrática y desaparecer el mandato constitucional de establecer un modelo de desarrollo sostenible y sustentable que manda la Constitución de Montecristi.

Editorial

Noboa construye una narrativa mediática para justificar todos los actos de la violencia estatal y de su gobierno; según él elimina el subsidio al diésel porque en teoría beneficia a los mineros y al contrabando; reprime y asesina a comuneros y pueblos indígenas porque según él son terroristas; persigue y criminaliza la protesta social y sus dirigentes con el cuento de que todos son narcotraficantes; como han convencido a la gente de que el IESS está quebrado hacen las leyes para la privatización de la Seguridad Social; y así la lista de acciones y medidas que vienen acompañadas con esta retórica comunicacional que ahora se consolida para decir que todo está mal por culpa de la Constitución.

LA COMPLICIDAD *"de la Asamblea Nacional es infame."*

La complicidad de la Asamblea Nacional es infame; la mayoría gobiernista está atrincherada por puestos y concesiones y siguen levantando la mano sin importarles el presente ni el futuro del pueblo ecuatoriano; organizaciones sociales oportunistas y vendidas a los intereses de la oligarquía negocian en las migajas cualquier rédito y pretenden darle soporte popular al Gobierno de cartón. Todo es una farsa, en verdad en Ecuador ya no hay democracia ni siquiera liberal dado que no hay contrapeso de poderes y las instituciones el Estado están dominadas por la corrupción oligárquica, además, se usa toda la violencia estatal contra el pueblo que protesta y las personas que piensan diferente. Estamos en dictadura.

Editorial

El pueblo que se expresa hoy en las calles ejerce su derecho a la resistencia y se convierte apenas en la chispa que encenderá la llama para frenar a la oligarquía. El paro nacional que se ejecuta durante octubre dada la brutal represión, podría no tener como consecuencia frenar las medidas económicas antipopulares como la eliminación del subsidio al diésel y ahora la pretendida alza de tarifas eléctricas, sin embargo, el paro es parte de un proceso de acumulación de fuerzas que nos une a los diferentes sectores populares y que nos empuja a establecer acuerdos programáticos de corto y mediano plazo en defensa de los intereses populares más allá de esas puntuales medidas.

Algunos sectores oportunistas y reaccionarios pretenden despolitizar la lucha social y encerrarla en una especie de folklorismo de la resistencia evitando la incorporación de los elementos del programa anti oligárquico; anarquistas, socialdemócratas o pitiyanquis infiltrados en el movimiento popular pretenden frenar la ideologización de la lucha popular. El rol de los comunistas es identificarlos y denunciarlos, enfrentarlos pues son ellos, consciente o inconscientemente, la mano desmovilizadora de la oligarquía.

Editorial

La violencia estatal debe enfrentarse con organización popular; el pueblo tiene que organizarse en los barrios y las comunas para constituir mecanismos de defensa en contra del crimen organizado y el mismo Estado. Consolidar comités y colectivos, espacios comunales que puedan ejercer su derecho a exigir y resistir. Exigir que todos los niveles del Gobierno y el Estado cumplan con las responsabilidades que constitucionalmente les han sido asignadas, exigir la ejecución presupuestaria para la prestación eficiente de servicios como salud y educación, negarse a pagar por la educación pública que la Constitución dice debe ser gratuita y de calidad, movilizarse para garantizar los recursos y el derecho a la jubilación digna, exigir la dotación de servicios básicos como agua potable y saneamiento y los otros que facilitan la conectividad como son la telefonía y en Internet.

Nuestro derecho como pueblo es que el Estado haga lo que tiene que hacer y, si el Gobierno no puede o no quiere, pues la consigna es que se vayan. *Es nuestro derecho resistir, defender los territorios, defender los derechos y conquistas, hacer uso del espacio público, ejercer el derecho de la libertad de expresión y difundir la verdad social y política para romper el cerco narrativo y mediático impuesto por la oligarquía.*

Nuestra tarea es:

Defender la Constitución vigente, como expresión condensada de todas las agendas populares, pues sin este marco institucional retrocedemos en todas las luchas.
Mantener el paro con miras a la gran derrota electoral de Noboa en su mañosa consulta popular, y en solidaridad con todos los sectores movilizados.
Exigir la derogatoria de todas las leyes y decretos perjudiciales para los intereses del pueblo ecuatoriano: decreto del diésel, concesiones mineras, leyes de privatización del BIESS, leyes que condonaron impuestos a los más ricos, etc.
Justicia, reparación y libertad para los detenidos por ejercer su derecho a la resistencia, así como la determinación de responsabilidades políticas y penales por los muertos en esta jornada de resistencia.
Rechazar la injerencia de EE. UU. Y sus intereses guerreristas en nuestro territorio de paz.
Fortalecer los espacios de unidad en una alianza democrática, patriótica y participativa, con miras a construir un Ecuador plurinacional e intercultural, popular, antineoliberal y antiimperialista.

La Constitución de Montecristi no es patrimonio privado de un "partido político"; el problema no es la Constitución sino este gobierno que no la cumple.

Manuel Paredes Martínez
Secretario General
Partido Comunista Ecuatoriano.

Octubre de 1917: lecciones para la lucha de clases hoy.

La Revolución Bolchevique de octubre de 1917 (según el calendario gregoriano en noviembre) no fue sólo un acontecimiento en la historia nacional rusa: fue un punto de bifurcación histórico que reconfiguró el mapa político mundial del siglo XX y dejó huellas indelebles hasta el presente. En lo inmediato abrió la posibilidad real de que la clase trabajadora dejara de ser objeto y se convirtiera en sujeto del poder estatal. En lo estratégico inauguró un proyecto de sustitución del modo de producción capitalista hacia una economía planificada, y en lo ideológico instaló el horizonte del socialismo como alternativa creíble frente al liberalismo y sus crisis.

Históricamente sus consecuencias fueron múltiples y ambivalentes. Por un lado, el triunfo bolchevique inspiró olas de organización obrera, procesos anticoloniales y experiencias de construcción socialista en Asia, África y América Latina; fue motor de alfabetización, industrialización acelerada y derechos sociales en contextos donde el capitalismo no había ofrecido alternativa.

Sin lugar a dudas, el rol de Lenin en dicho proceso merece ser observado con atención en tanto que dejó contribuciones centrales para la praxis revolucionaria, no como dogma cerrado sino como herramientas tácticas y organizativas. Entre sus aportes destacan:

La centralidad de la organización política: Lenin defendió la existencia de un partido de vanguardia capaz de articular teoría y práctica, de elevar la conciencia espontánea de las masas y de dirigir la lucha estratégica en momentos críticos. Esto implicaba disciplina política, formación ideológica y capacidad de intervención en los puntos nodales del conflicto social.

Democracia interna y centralismo democrático: que buscaba combinar debate interno con unidad de acción externa.

Unidad de teoría y acción: para Lenin la teoría revolucionaria no es un lujo académico, sino condición para comprender las relaciones de fuerza y para trazar tácticas que no se reduzcan a reaccionarismo o espontaneísmo. Intervención en la correlación de fuerzas: el partido es instrumento para construir poder social acumulado (organizaciones gremiales, soviets, frentes) y no sólo para disputar elecciones.

Las lecciones leninistas siguen siendo útiles: sin organización y sin formación sostenida no hay transición estratégica. La experiencia histórica impulsa a aplicar y mejorar esas lecciones aprendidas reforzando la democracia interna, hacer del centralismo democrático un ejercicio de respeto de las estructuras donde se fortalezca la dirección colectiva con responsabilidad personal y se evite el burocratismo, articular al Partido de manera permanente con las masas y el movimiento popular y desarrollar genuinas capacidades para construir alternativas d resistencia y poder popular.

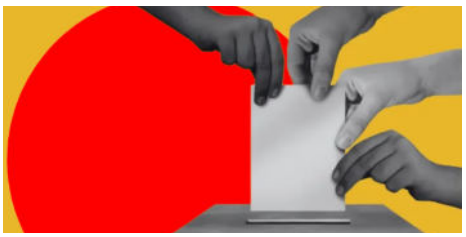
Respecto a la Revolución de octubre, Žižek recupera y problematiza la cuestión de la violencia: distingue entre violencia subjetiva (actos visibles de fuerza), violencia objetiva (estructural, sistémica, que produce miseria y exclusión) y violencia simbólica (lenguajes e instituciones que naturalizan la explotación). Žižek observa que a menudo la izquierda moraliza sobre la violencia visible mientras ignora la violencia constitutiva del capitalismo y del imperialismo. Su argumentación no es una apología light de la violencia, sino una invitación a reconocer que la violencia revolucionaria, cuando acontece, es expresión de una contradicción profunda entre estructuras sociales incompatibles.

Dos precisiones éticas y estratégicas derivan de esta lectura: primero, la revolución no es primariamente un problema técnico sino moral-político en tanto que la legitimidad se construye a partir de las necesidades de las clases dominadas que de a poco suman al proyecto revolucionario antes o después de la toma del poder, no solo por gestos de fuerza; segundo, la violencia que pueda surgir debe ser comprendida en su contexto y siempre subordinada a un proyecto político que garantice derechos y protagonismo popular, para evitar la reproducción de nuevas formas de dominio.

Frente a la embestida neoliberal y la recomposición autoritaria del siglo XXI, las lecciones convergen en un punto estratégico: la necesidad de un instrumento político de clase, capaz de combinar:

Formación teórica y cultural: revitalizar el marxismo como herramienta creativa, crítica y pedagógica para disputar hegemonía.

Organización democrática y disciplinada: partidos y movimientos que practiquen y fomenten el debate y toma de decisiones colectivas, se ejerza la política con transparencia y las dirigencias rindan cuentas sobre sus decisiones.



Vínculo con la organización popular en sus diversas expresiones: estructuras (sindicatos, comunas, consejos barriales, federaciones estudiantiles) que construyan poder social no delegante.

Estrategia programática: avanzar paso a paso, con unidad de acción en lo parlamentario, lo institucional y lo de la movilización social, con programas claros en soberanía, redistribución, ecología, ejercicio de derechos y otros aspectos, sin perder el horizonte socialista

La Revolución de Octubre mostró que las relaciones sociales cambian cuando el sujeto colectivo se organiza con claridad estratégica. Hoy, construir un instrumento político de clase es tarea intelectual y práctica: implica formar, organizar, disputar sentidos y movilizar a amplios sectores populares para que la alternativa al neoliberalismo sea una opción viable, democrática y sostenible. Solo así la palabra "socialismo" podrá volver a ser, como lo fue en 1917, un horizonte posible y necesario que reúna emancipación, justicia y democracia.

La unidad de clase como tarea histórica frente al neoliberalismo.

El Paro Nacional de 2025 representa un punto de inflexión en la lucha de clases en el Ecuador. No es una mera protesta, sino la expresión de la contradicción antagónica entre el pueblo trabajador y la oligarquía subordinada al imperialismo norteamericano. Frente a la ofensiva neoliberal, que se materializa en la Constituyente, en los paquetazos económicos, la privatización del IESS, la entrega de bases militares y una creciente represión estatal, la unidad de clase no es solo una opción, sino una necesidad histórica para la supervivencia y el avance del campo popular.

El gobierno de Noboa, como administrador fiel del Estado burgués, aplica con precisión la doctrina del shock. Su estrategia es la división: mediante pequeñas concesiones, maniobras dilatorias y represión selectiva busca fragmentar y agotar la resistencia. Para contrarrestar esto, no basta con la indignación espontánea; es imperativo construir una plataforma unitaria de resistencia que aglutine las demandas inmediatas del proletariado urbano y rural, los campesinos, los indígenas, los estudiantes, las mujeres y los sectores populares. Esta plataforma es el embrión del bloque histórico que necesitamos forjar.

En este contexto, la unidad opera en dos niveles dialécticos fundamentales:

Como táctica, permite la acumulación de fuerzas, fortalece nuestra organización y frentes de masas, y genera las condiciones para resistir los ataques neoliberales inmediatos.

Como estrategia, debe preparar el terreno para la toma del poder. La unidad consciente con los sectores sociales y políticos no es solo para sentarnos en una mesa a negociar con el enemigo de clase, sino para derrotarlo. Por ello, le corresponde al Partido Comunista Ecuatoriano, en su papel de vanguardia, impulsar en todos los niveles la construcción del socialismo.

Sin embargo, en la construcción de estos espacios unitarios, nos enfrentamos constantemente a elementos contrarrevolucionarios, infiltraciones y tendencias anarquistas que, bajo consignas de "no politizar" o ser "antipartidistas", buscan en realidad descabezar la lucha, desarmarla ideológicamente y expulsar a los comunistas. Este anticomunismo es la herramienta principal de la burguesía para fragmentar al pueblo desde dentro. No podemos bajar nuestras banderas; por el contrario, debemos izar más alto la bandera del marxismo-leninismo y la necesidad del Partido como conductor de la lucha.

La unidad en esta coyuntura es una escuela de lucha. A través de la defensa de la Constitución, la lucha contra la eliminación de los subsidios y la privatización, vamos forjando la conciencia que permitirá al sujeto revolucionario trascender de la conciencia "en sí" a la conciencia "para sí". Este proceso de elevación consciente es fundamental para la construcción del poder popular.

La resistencia unitaria es, por tanto, nuestra herramienta principal frente al avance fascista y neoliberal. La unidad de clase es una tarea histórica porque responde a la ofensiva organizada del neoliberalismo que busca dividirnos. Si nos unimos, los obreros, campesinos, indígenas, jóvenes y todos los explotados podemos pasar de solo defender nuestros derechos a construir un país donde el poder sea realmente del pueblo. Por eso en el paro y en todas las luchas, unirnos no es solo una necesidad del momento, sino el camino para cambiar definitivamente este sistema injusto.

¡La unidad del pueblo es con y para el pueblo!
¡Proletarios de todos los países, unídos!

El paro nacional como herramienta de lucha popular.

Las clases desposeídas a lo largo de la historia han aprendido una verdad ineludible: solo la lucha las hará libres. Decir que "el motor de la historia es la lucha de clases" no es una frase vacía; refleja una realidad: los explotadores (clases dominantes) han recurrido a la violencia desmedida y en diverso grado para mantener el statu quo. Ha sido la misma lucha lo que progresivamente (y a sangre y fuego) ha generado condiciones más "humanas" de respeto a derechos de diversa índole. Entre estos, el derecho a la resistencia.

Aunque desde la tercera ola de "democratización", los países latinoamericanos -tutelados por las democracias liberales occidentales- han mantenido un marco institucional legitimado en elecciones constantes, esto no ha significado que los problemas objetivos de las luchas hayan desaparecido. En muchos países, y como línea táctica de muchos partidos, las formas de lucha se han adaptado a estos marcos; claro, sin dejar la calle como arena de la disputa (ahora sumándole las redes).

La resistencia se ha consolidado como derecho, pues el pueblo siempre debe responder a sus tiranos (los revolucionarios sabemos que, independientemente de que sea un derecho, igual debemos luchar), sin duda generando el marco legal para poder defendernos de la represión y persecución. El Paro 2025 es justamente una expresión de dicho ejercicio soberano y democrático, al responder al poder a través de un despliegue nacional de paralización; a lo que el Gobierno nacional del oligarca Noboa no tardó en responder bajo la narrativa de "terrorismo" financiado por grupos delincuenciales.

Para nosotros, parar no es solo un ejercicio de expresión del malestar social. El paro y sus diversas expresiones atacan la cotidianidad capitalista y la circulación del valor, lo que significa que es un sacudón para los diversos sectores sociales embobados por la realidad ficticia construida en los canales de comunicación; es generar pérdidas a los que lucran diariamente del Estado (perdonándose impuestos y entregando contratos a dedo); es luchar no solo contra las medidas formales y coyunturales que toma el Gobierno (Diesel, minería, privatizaciones, etc.), sino contra el proyecto neoliberal de país que nos quieren imponer a la fuerza (aunque paradójicamente eso rompa la misma institucionalidad burguesa).

El paro es expresión de la lucha popular, es un espacio de confluencia de agendas, plataformas, generaciones y organizaciones. Es un evento heterogéneo en sus expresiones, por eso debemos intervenir políticamente como Partido, construyendo "conducción política", a través de la socialización de la línea política del partido: que debe resumirse en la defensa de la Constitución de 2008 (no rotundo en la consulta popular) y en elevar los niveles de lucha con miras a combatir a crisis generada por la burguesía agroexportadora y rentista devenida en grupo oligárquico.

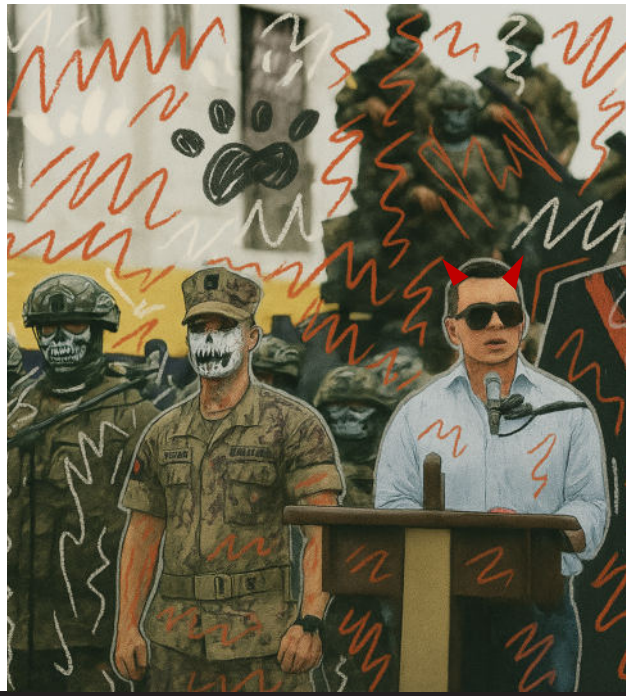
"Hay décadas en las que no pasa nada, y días en los que pasan décadas", es otra de las verdades inevitables que Vladimir Lenin nos legó. Por eso no debemos subestimar al paro y verlo como un evento lineal al borde de apagarse, sino más bien como un proceso dialéctico que, sin avisar, puede escalar a convertirse en una situación revolucionaria, para la cual debemos estar preparados. No solo para pararnos al frente y llamarnos "vanguardia" o "dirigentes", sino para conducir la insurgencia popular, que, cansada del hambre, el desempleo, la violencia y el abandono, deberá tomar con sus propias manos el destino que el Ecuador soberano, independiente, plurinacional y popular necesita.

El NO como resistencia: contra la constituyente neoliberal de Noboa.

En un momento de profunda crisis social, económica y política, el Gobierno pretende imponer al país una salida autoritaria y regresiva: la convocatoria a una asamblea constituyente que no nace de la voluntad popular, sino de los intereses empresariales que hoy controlan el Estado. Bajo el disfraz de "refundar" la patria o "modernizar" las instituciones, lo que se busca es desmantelar el pacto social alcanzado en 2008, una Constitución que fue fruto de décadas de luchas obreras, indígenas, estudiantiles, feministas y populares.

La Constitución de Montecristi no fue un simple texto jurídico: fue el resultado de un proceso constituyente originario que recogió la aspiración histórica de construir un Estado plurinacional, de derechos y justicia social. Por primera vez, se reconoció al Ecuador como un país diverso, con derechos de la naturaleza, con el derecho a la educación y a la salud como bienes públicos, con el trabajo como fuente de dignidad y no de explotación, y con una institucionalidad que pretendía someter el capital al interés humano y comunitario.

Hoy, abrir nuevamente el catálogo de derechos bajo una correlación de fuerzas dominada por el poder económico y mediático supone un peligro real. Los grupos que impulsan esta nueva constituyente no buscan profundizar la democracia, sino restringirla: quieren desmontar el carácter garantista del Estado, privatizar los servicios públicos, flexibilizar el trabajo, debilitar los derechos ambientales y reinstaurar un modelo de concentración de poder económico y político. Votar NO no es un acto conservador, es un acto de defensa, una afirmación de resistencia ante la ofensiva neoliberal que pretende borrar los avances constitucionales conquistados por el pueblo.



Además, el mecanismo propuesto para elegir a los constituyentes reproduce y amplifica las desigualdades estructurales del país. La representación provincial planteada infravalora a sectores históricamente marginados, reduciendo su voz en beneficio de las élites políticas y empresariales. La constituyente de Noboa no es, pues, un espacio de deliberación popular, sino un dispositivo de control político donde dos fuerzas —el Gobierno y la derecha empresarial— monopolizarán la palabra, decidirán las reglas y establecerán los límites de la nueva "legalidad".

El conflicto de fondo es jurídico y ético: los mismos grupos económicos que hoy violan la Constitución vigente, que han desconocido consultas populares sobre el Yasuní, Chocó Andino y Kimsacohca, que se benefician del extractivismo y del despojo, pretenden ahora reescribir las reglas del Estado de derecho a su medida. Permitirlo sería legitimar la captura del poder constituyente por quienes jamás representaron al pueblo, sino a sus intereses corporativos.

Frente a esto, el NO se convierte en una forma de resistencia constitucional. Decir NO es defender el espíritu emancipador de Montecristi, la soberanía popular, los derechos colectivos y la posibilidad de un país que se piense desde el bien común y no desde el lucro. Es rechazar el intento de transformar el derecho en un instrumento del mercado.

Hoy más que nunca, es tarea de toda la ciudadanía —trabajadores, campesinos, jóvenes, pueblos indígenas, mujeres y colectivos sociales— defender los grandes derechos conquistados. El NO no es una negación vacía: es un acto afirmativo, un grito de dignidad frente al proyecto neoliberal que amenaza con arrebatarnos la Constitución que el pueblo escribió con su historia, su sangre y su esperanza.

NO

LA HERENCIA DE OCTUBRE DE 2019.

A partir del 22 de septiembre de 2025 las movilizaciones populares en contra del desgobierno de Noboa, nos han devuelto a la memoria los acontecimientos de octubre de 2019. Y no es coincidencia, no es un accidente, ni mucho menos una farsa. Es la consecuencia inevitable de la continuidad de un proceso de destrucción del proyecto constituyente de Montecristi, de desmantelamiento de las instituciones del Estado, con períodos de intensificación y recrudecimiento de las políticas neoliberales, como ocurre en la actualidad.

Hoy, como en octubre de 2019, son las organizaciones indígenas las que protagonizan las mayores movilizaciones y acciones de protesta y que, nuevamente, han logrado agitar a otros sectores de trabajadores y sectores juveniles. El disparador de las protestas es el mismo que en octubre de 2019: la eliminación del subsidio al diésel, entre otras medidas muy parecidas, pero que en esta ocasión ya fueron ejecutadas por el actual gobierno de Noboa, mediante leyes económicas urgentes.

Por supuesto que el contexto actual tiene sus grandes matices, a pesar de tener el mismo escenario de fondo: un gobierno oligárquico que actúa bajo las órdenes del Gobierno de los Estados Unidos y de su brazo de dominio político y financiero, el Fondo Monetario Internacional.

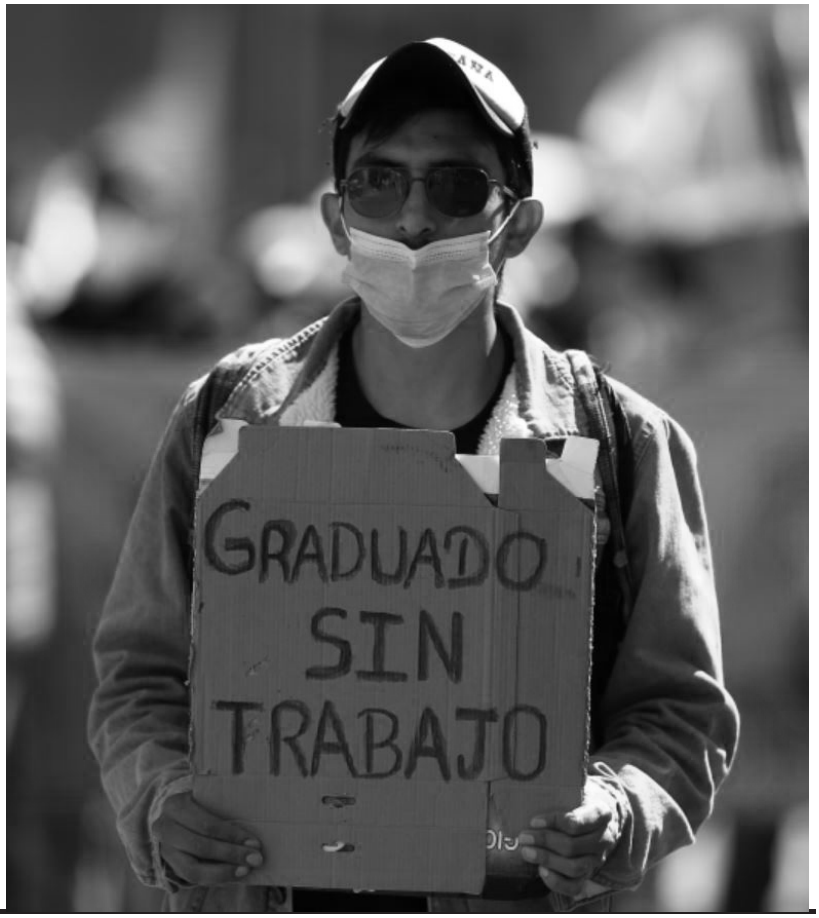
El presente esta matizado por el escandaloso uso de la mentira y el hábil manejo mediático, como los recursos constantes de "gestión" de la política y el clientelismo, lo que le ha permitido al gobierno de Noboa violar descaradamente las leyes y la propia Constitución, con el beneplácito de la mayoría de asambleístas (ADN y sus aliados) y en contubernio con otras instituciones estatales, como el Consejo Nacional Electoral, el Consejo de Participación Ciudadana y hasta la propia Corte Constitucional, cuando se hizo de la vista gorda respecto a la licencia que debió tomar el candidato presidencial de ADN. Así Noboa ha llevado a otro nivel el proceso de destrucción de lo público y de desmantelamiento del Estado.

Pero seamos autocríticos, como en octubre de 2019, las movilizaciones de septiembre de 2025 dejan nuevamente al descubierto la debilidad generalizada de movilización y respuesta popular de los sectores de trabajadores públicos y privados, de gremios, de partidos de izquierda y demás sectores populares.

Ahora que, producto de la represión militar ordenada por Noboa, un primer asesinado, el comunero Efraín Fúeres, encendió nuevamente la indignación generalizada, y que hoy suman niños y adultos mayores a la lista de fallecidos, cientos de heridos, torturados y encarcelados, no debemos olvidar que empresarios chupasangre como la familia Noboa y similares, no dudarán en utilizar nuevamente las armas y las tanquetas para consolidar su control sobre el aparataje del Estado, con miras al proyecto burgués de quitar al Estado su rol de garante de derechos para nuevamente convertirlo en garante de los beneficios empresariales.

¿Es la negociación la salida? Al menos en la forma, podría servir. Sin embargo, a diferencia de octubre de 2019, al no haber hoy dirigencias claras y de preponderancia política, que asuman el papel de interlocutores entre el pueblo movilizado y las autoridades gubernamentales, no habrá interés del Gobierno de negociar. Además, ya ocurrió y no debemos permitir que vuelva a ocurrir: que las mesas de diálogo sean un saludo a la bandera para bajar tensiones, y permitirles a los oligarcas dar un paso atrás solamente para tomar nuevo impulso para la profundización del neoliberalismo.

La herencia de octubre de 2019, nos llama a sostener la movilización, en las calles, en el campo, en las carreteras, pero ahora también en los foros populares, en las universidades, en dónde se pueda. El escenario es hoy aún más peligroso al enfrentar un potencial cambio de Constitución que ponga en riesgo todo lo avanzado en materia institucional y de derechos.



Reseña. Diez días que estremecieron al mundo, de John Reed

Publicado en 1919, Diez días que estremecieron al mundo es uno de los testimonios más vívidos y comprometidos sobre la Revolución de Octubre de 1917. Su autor, el periodista y militante estadounidense John Reed, fue testigo directo de los acontecimientos en Petrogrado y logró narrar, con rigor y emoción, los días en que los bolcheviques tomaron el poder y cambiaron el rumbo de la historia mundial. Más que una simple crónica periodística, el libro es una radiografía de la organización revolucionaria y del proceso político que permitió transformar una insurrección en poder obrero.

Reed logra captar la disciplina y claridad ideológica del Partido Bolchevique frente al caos y la incertidumbre del momento. Mientras los partidos liberales y mencheviques vacilaban entre la reforma y la conciliación con el viejo régimen, los bolcheviques, bajo la dirección de Lenin, comprendieron que la coyuntura no admitía medias tintas: o se avanzaba hacia el poder de los soviets o se restauraba la dominación burguesa. Reed subraya cómo el partido logró canalizar la energía dispersa de las masas, transformando el descontento popular —por la guerra, el hambre y la miseria— en una fuerza política coherente con programa, dirección y objetivos definidos.

El autor muestra que el triunfo no fue producto de la improvisación, sino de años de acumulación política, organización clandestina y formación ideológica. Los bolcheviques habían tejido, en fábricas, sindicatos y regimientos, una red de militantes capaces de traducir la teoría en práctica. Reed destaca el papel de los comités de fábrica, los soviets locales y la Prensa Revolucionaria como instancias donde se forjaba conciencia y se discutía la estrategia. La insurrección de Octubre aparece así no como un golpe, sino como la culminación de un proceso de organización popular guiado por un partido que había aprendido a interpretar el pulso de las masas.

Un elemento central del libro es la contraposición entre espontaneidad y dirección consciente. Reed, aun siendo simpatizante del fervor de las masas, reconoce que sin la estructura bolchevique —sin su claridad política, su disciplina y su capacidad para tomar decisiones rápidas— la revolución se habría perdido en el desorden. La figura de Lenin emerge como símbolo de esa conjunción entre teoría, organización y acción, y Reed la retrata no con culto personal, sino como expresión de una voluntad colectiva consciente.

En términos narrativos, el texto combina la intensidad del reportaje con la profundidad del análisis político. Cada capítulo muestra cómo los bolcheviques supieron ocupar los espacios de poder real —los ferrocarriles, el correo, las fábricas, los cuarteles— y cómo su legitimidad se construyó desde abajo, con el apoyo de los soldados y obreros que veían en ellos no solo a dirigentes, sino a compañeros de lucha.

Más de un siglo después, Diez días que estremecieron al mundo sigue siendo una lectura fundamental para quienes buscan comprender el papel de la organización política revolucionaria. Reed nos enseña que la historia no la escriben los observadores neutrales, sino los pueblos organizados que deciden intervenir en ella. Su relato no solo documenta una revolución: convoca a pensar la necesidad permanente de estructuras capaces de unir conciencia, disciplina y acción colectiva para transformar el mundo.